

Ningún efecto hizo en él la enojada mirada que su anciano bienhechor le dirigió al acercarse á su lecho: sonrióse con desvergonzada osadía y le dijo, dándole algunos golpecitos en la espalda:

—Vamos, vamos, padrino, no hay que enfadarse; ya me tienes aquí.

Mateo trataba al duque con una familiaridad que rayaba en descaro; es verdad que el mismo duque se lo había exigido, mandándole que le llamara padrino, dictado que tapaba todas las bocas, y que, por su elástica acepción, destruía los comentarios acerca de la familia del joven.

El duque, más y más enojado, lanzó una especie de gemido, lleno de cólera, al mismo tiempo que el buen Silvestre le presentaba la bebida que había estado preparando.

Mateo, sin hacer caso alguno, se volvió á los médicos y les preguntó con admirable serenidad.

—¿Hay peligro, señores?

—No le hay por ahora de muerte, caballero—respondió el más anciano—pero hay otro poco menos alarmante que aquel.

—¿Cuál es?—insistió Mateo.

—Existe el peligro de que el señor duque se quede del todo imposibilitado.

—Es decir, baldado—dijo Mateo, sin que un solo músculo de su rostro se descompusiera.

—Ciertamente, caballero, baldado ó tullido, como usted quiera entenderlo.

El doctor volvió bruscamente la espalda á aquel hombre, que le repugnaba.

—¡Caramba, yo qué pensé que se moría!—se dijo á sí propio Mateo;—¡esto va muy despacio, según parece!

Luego dió media vuelta y tomó el camino de su cuarto, sin volverse á mirar al duque y sin despedirse de los médicos.

—¿Dónde irá?—dijo uno de ellos á Silvestre.

—¿Dónde va, señor doctor?—respondió el viejo ayuda de cámara.—Va á buscar su cama para dormir á pierna suelta; ¡si ese hombre es una fiera! ¡Y que el señor duque no quiera plantarle en la calle!

El duque lanzó un suspiro profundo y doloroso, y nada contestó.

—¡Ah!—pensó para sí, porque además de la voz material, habla dentro de nosotros otra voz, que es la de la conciencia.—Yo le saqué de su oscuridad, yo le arrebaté á sus padres, yo le he enseñado esta existencia de lujo y de molice; debo sufrir su ingratitud, que es mi castigo.

XI

Como un mes y medio después de la noche en que acabamos de dejar al anciano duque de Varennes atacado de perlesía, y á eso de las siete de la tarde, una escogida y brillante con-

currencia poblaba el hermoso paseo llamado en París *bosque de Bolonia*, y que equivale, mis amados lectores, á la fuente Castellana de Madrid, si bien con bastantes ventajas.

Los carruajes daban vueltas, conduciendo al trote de los briosos caballos elegantes damas vestidas de encajes de seda.

Numerosos jinetes lucían sus briosos alazanes en derredor de los carruajes; otros acompañaban á alguna linda amazona que dejaba flotar su velo verde en alas de la brisa de la tarde.

No era menor la concurrencia de á pie, pues el día caluroso había tenido recluso á cada uno en su casa, y todos buscaban el aromado ambiente de los jardines á la hora en que el sol hunde su frente en el mar para buscar reposo.

Entre los carruajes que más llamaban la atención, un elegante tilburi azul, tirado por un precioso caballo tordo, fijaba las miradas de los transeuntes, no sólo por la elegancia del carruaje sino por la destreza bastante fatua con que le guiaba la persona que le ocupaba.

Era nuestro conocido Mateo, que se paseaba en el bosque muy á despecho suyo, pues estaba acostumbrado, como todas las personas del buen tono, á pasar en el campo aquella estación.

La enfermedad de su padrino le había impedido aquel año cumplir con esta ley de la moda, y el buen dandy se desesperaba, consolándose

á duras penas con hacer ostentación de su tilburi, comprado desde hacía muy pocos días expresamente para lucirle en los Campos Elíseos y en el bosque de Bolonia.

Razón tenía Mateo para echar de menos la estancia en el campo; el duque poseía un soberbio castillo á cuatro leguas de París, situado de la manera más pintoresca, y al cual iban á visitarle sus numerosos amigos.

Algunos de ellos llevaban á sus esposas é hijas y se pasaban los días paseando á caballo ó en carruaje, conversando y comiendo, las noches en conciertos y bailes, á los cuales nada tenían que envidiar los de la capital.

Pero no creáis, lectores míos, que la vista del campo tenía ningún atractivo para el prosaico Mateo; lo mismo eran para él esas hermosas noches de luna en que el ruseñor canta y las estrellas reflejan en el arroyo que las lluviosas que pasaba en el invierno envuelto en su bata junto á la chimenea; ni una sola vez la vista de la campiña le trajo el recuerdo de su aldea, de sus padres, de su hermana; en aquella alma prosaica y helada no podía albergarse la poesía de los recuerdos ni el santo amor de la patria y de la familia.

Iba contento al campo porque salía de París, y todos los grandes señores le dejaban en el estío; la moda era su religión, su amor, y todas

sus afecciones estaban resumidas en el culto de la voluble diosa.

Aquella hermosa tarde de Julio en que empieza este nuevo periodo de mi historia se consolaba haciendo caracolear al alazán que guiaba su bonito carruaje y flechando su lente a todas las damas, á cuyo lado pasaba; era el mismo Mateo, ó más bien el mismo Arturo de siempre, fatuo, presumido, pintado como una actriz de segundo orden; llevaba en su mano izquierda, cubierta de un fino guante gris, las riendas del caballo, y el lacayo, sentado junto á él, tenía orden de guardar la más absoluta inmovilidad.

Así es que el doméstico se había cruzado filosóficamente de brazos, según hacen todos los que se hallan en su caso, y miraba con una vanidad de conquistador á los míseros cocheros que tenían que tomarse el trabajo de guiar los carruajes de sus amos.

La luz de la tarde iba declinando, y se hallaba en el primer período de ese largo y dulce crepúsculo que precede á las noches del estío.

A la entrada del bosque y en pie, junto á un enorme castaño de Indias, se hallaba un grupo que no llamaba la atención de nadie, pero que, sin embargo, merece ocupar la nuestra.

Componíanle un hombre y una mujer, ya ancianos, al parecer, y cuyos pobres vestidos estaban del todo hechos pedazos.

El aspecto de la mujer, sobre todo, era deplorable; flaca, ó más bien demacrada, lívida y cubierta de andrajos, parecía espirante; sin embargo, sus ojos brillaban con un fuego sombrío al recorrer una por una todas las fisonomías de los concurrentes al paseo.

Apoyábase con mano trémula y febril en el árbol, pero sus miradas devoraban á gran distancia á todos los caballeros que pasaban ya á caballo, en carruaje ó á pie.

En cuanto á su compañero, parecía sumergido en una profunda inercia; su flacura era espantosa; de vez en cuando cerraba los ojos como si la luz le deslumbrase, y cuando los abría doblaba la frente sobre el pecho.

—¡Mira... mira tú también!—dijo la anciana con desesperación.—Mariano, tú no me ayudas... y es preciso que le veamos aquí... el corazón me dice que aquí debe estar... y si no le vemos aquí, ¿dónde le buscaremos?

—¡Ay, Bárbara!—murmuró con voz débil el pobre hombre.—¡Es que no puedo...! El hambre... el cansancio...! ¡Me muero!

—¡Cobarde!—gritó con voz ronca la desgraciada mujer.—¿No sabes que yo he estado enferma? ¿Que casi me muero en el camino...? Y á pesar de todo, ¿no me ves aquí con más valor que tú buscando á mi hijo?...

—¡Tú lo has dicho, Bárbara!—gimió el des-

dichado padre.—¡Tienes más valor que yo...!

—¡No, no! ¡Es que yo amo más á mi hijo...!
¡Es que yo quiero ver á mi hijo antes de morir...! ¡Mi hijo!... ¡Ah, allí... allí está!... ¡Él es!...

Y la mendiga, ciega de alegría, desolada, y hallando en su afán más fuerzas que nadie hubiera podido concederle al ver su aspecto, se precipitó hacia el tñburi de Mateo, que pasaba á la sazón para dar la vuelta al paseo.

El exánime Calabaza, al oír aquel grito, sintió que toda la sangre le afluíra al corazón, y siguió á su mujer, hallándose bien pronto al lado del carruaje.

—¡Hijo... hijo de mi alma!—gritó Bárbara abalanzándose á sujetar con mano fuerte el caballo del carruaje.

Al oír aquellos gritos, dados por una mendiga, algunos paseantes se detuvieron junto al carruaje mirando al que le ocupaba y á los dos desdichados que se abalanzaban á él.

¿Qué pasó entonces en el corazón de Mateo?

Debemos decir, en honor de la verdad, que durante algunos instantes una lucha horrible se apoderó de él.

No podía dudar de que aquellos dos pobres seres eran sus padres; la voz de la naturaleza, esa voz vibrante que domina toda otra consideración, se lo decía; por espacio de dos segundos miró palpitante á aquella anciana que daba ru-

gidos de alegría, semejantes á los de la loba que halla á su hijuelo perdido en la espesura de una selva; miró á aquel viejo, más encanecido por el hambre y por las pesadumbres que por la edad, y sus entrañas se conmovieron, y todo su sér se estremeció con una sensación inmensa, indefinible.

Pero el demonio de la vanidad extendió de nuevo sus negras alas sobre el alma de Mateo; la luz de la virtud se eclipsó bajo su denso velo, y cerró su corazón á las dulces expansiones del amor filial.

Los curiosos se arremolinaban en derredor del carruaje, cada vez en mayor número; la anciana no cesaba de darle el nombre de hijo y de llamarle su Mateo, su querido Mateo.

¡Oh, mis queridos lectores, mi pluma tiembla y se estremece y vacila antes de describiros la funesta aberración á que condujo su vanidad al desgraciado joven! ¡Dichosos vosotros si amáis á vuestros padres, y si jamás os habéis separado del techo en que habéis nacido! ¡No hay nada más heroico, más sublime, más tierno y generoso que el amor paterno y maternal! ¡No hay felicidad más positiva que la que nos proporciona el amor de nuestros padres, en esta tierra de dolores!

Mateo, al verse en la alternativa de reconocer y abrazar á sus padres, ó huir del boehorno que

le ocasionaba el que la multitud que rodeaba su coche, le reconociese por un infeliz de baja esfera, optó por esto último; pensó con terror que entre aquel gentío que se agolpaba en derredor suyo, había muchos de los amigos que veía en todas partes; había visto además á la embajadora de Inglaterra y á su hija en una carretela descubierta, y temblaba de que se enterasen de lo que pasaba.

El pensamiento de que iba á perder un casamiento opulento, de que iba á quedar por embustero ante todos aquellos á quienes había dicho que era hijo de un general conde y de una princesa rusa, todas estas ideas atravesaron su cabeza como dardos y ahogaron en su corazón los gritos de la naturaleza.

—¡Hola!—gritó levantándose con aire enojado y altanero.—¿Qué es esto? Suelte usted, buena mujer, las riendas del caballo.

—¡Hijo mío, Mateo! ¿No nos conoces?—gritó Bárbara á quien la alegría hacía temblar convulsivamente.—¡Somos tus padres... tus padres Calabaza y Bárbara que venimos de la aldea!... ¡Mira, he andado un mes con tu padre por verte... y casi me he muerto de cansancio y de hambre!

—¡Esta mujer es una loca!—dijo Mateo, que en vano procuraba dar firmeza á su voz.—¡Yo no la conozco! ¡No la he visto jamás!... ¡Apartadla!

—Mateo, ¿y á mí?—preguntó Calabaza adelantándose y poniéndose delante de su hijo.—¿No me conoces á mí tampoco?

—Tan poco, buen hombre—contestó el culpable con una asombrosa serenidad.

La multitud, con ese instinto exacto y poderoso de las masas que casi siempre adivinan la verdad, como si la verdad fuese una corriente eléctrica, se agitó como horrorizada; pero de súbito se oyó un grito ronco que parecía un gemido, y todos los ojos se volvieron al sitio de donde había salido.

Bárbara, la desdichada madre, ultrajada, desconocida, acusada de loca por su ingrato hijo, habíase desplomado en el suelo, casi á los pies del brioso alazán, que piafaba, deseoso de partir á la carrera.

—¡Ah, pobre mujer!—exclamaron algunos, en tanto que Calabaza se precipitaba llorando sobre el inanimado cuerpo de su esposa.

Mateo, lívido, temblando como un calenturiento, quiso apartar el carruaje de aquel espectáculo que le volvía loco, y tiró de las riendas del caballo que su madre había soltado al caer desmayada.

El soberbio animal, relinchando de coraje, al sentir la presión furiosa del bocabo, se encabrió dando dos pasos atrás, y dejando caer sus herradas manos sobre la infeliz Bárbara.

Un débil ¡ay! de Mariano, al ver magullar de un modo tan horrible el cuerpo de su amada esposa, se mezcló con un grito de indignación de los espectadores.

—¡Bárbaro! ¡Mal hijo! ¡Pícaro!—exclamaron algunos obreros que, al volver de su trabajo, se habían acercado á ver lo que sucedía.

Y el coche de Mateo fué rodeado y detenido de nuevo el caballo.

—¡Qué es esto! ¡Dejadme pasar!—exclamó el joven, cuya voz temblaba de miedo.

—No puede calcularse cuál hubiera sido el final de aquella escena, á no haberse detenido junto al grupo un carruaje de alquiler, del que bajó un hombre de edad, vestido con extrema sencillez.

Las sombras de la noche empezaban ya á extenderse por el bosque, dejando inciertas todas las fisonomías; no obstante, á pesar de esta circunstancia, y de la angustia en que se hallaba, Mateo reconoció en el recién llegado al más anciano de los dos médicos que asistían á su padrino.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó el facultativo.—¿Hay algún enfermo? Dejadme pasar, soy médico, y quizá podré aliviarle.

Todos abrieron paso al doctor; los más encarnizados contra Mateo se apartaron del coche y se acercaron para oír el fallo del facultativo,

acerca de la pobre mujer que yacía tendida sobre la arena del paseo.

Mateo, al verse libre, no pensó en saber el estado de su madre; atento sólo á escapar de la desesperada situación en que estaba, volvió á tomar las riendas del caballo y le sacó al escape de entre la multitud.

Pero bien pronto cien voces burlonas resonaron en sus oídos.

—¡Ahí va el hijo de la princesa rusa!—dijo burlonamente un joven que había sido amigo suyo.

—¡El hijo del general!

—¡El sobrino del duque!

—¡El caballero Arturo!

Algunas carcajadas fueron á traspasar los oídos y el corazón del réprobo que huía de la execración general.

—¡Adiós, señor Mateo!—dijo un joven calavera, que detestaba al ahijado del duque porque le había ganado grandes sumas al juego.

—¡Adiós, joven Calabaza!—añadió otro.—Ya no nos hará reír en los salones con su insoportable fatuidad.

Mateo puso su caballo al galope y tomó casi loco el camino de la casa del duque.

Mientras tanto el médico se había acercado á Bárbara; puso una rodilla en tierra y levantó su cabeza; estaba inanimada, y volvió á caer pesa-

damente; levantó luego los párpados, y puso la mano sobre el corazón; pero al cabo de dos minutos se levantó meciendo la cabeza con aire triste.

—¿Qué hay, señor doctor?—preguntó un caballero, cuyo carruaje blasonado le esperaba á pocos pasos.

—¡Está muerta!

—¡Muerta!—repitió la multitud.

—¡Muerta!—gimió Calabaza llorando con desconsuelo.

—Sí; un dolor agudo en el corazón le ha causado la muerte; no hay que achacarla á las pisadas del caballo; cuando el animal pasó sobre ella ya había expirado.

Luego, separando á los curiosos, el médico irguió su alta estatura, tomó por un brazo á Calabaza y le dijo:

—Venga usted conmigo, buen hombre; sé donde vive ese mónstruo á quien llama su hijo; el duque le recibirá bajo su techo, y veremos si delante de él y de mí se atreve á negar, como aquí, que es usted su padre; por fortuna le vi antes de que se marchase, y sé su historia también como usted mismo.

El doctor hizo entrar en su coche á Calabaza, á quien el dolor había convertido en un autómatá, y dió al cochero las señas del palacio de Varennes.

Casi en el mismo instante recogía la justicia el cadáver de Bárbara y le depositaba en la Morgue (1).

XII

Calabaza fué acometido en el carruaje del médico de un desmayo mortal.

El hambre, la fatiga, la aflicción, habían abatido aquella débil y quebrantada naturaleza.

En vano el doctor hizo cuanto pudo en aquel reducido espacio para volverle á la vida.

Cuando llegaron al palacio aun continuaba sumergido en su letargo.

Dos criados sacaron al desgraciado del coche por orden del médico.

—Ponedle en una cama y encended en la chimenea de la habitación donde le coloquéis un fuego moderado.

Los criados se miraron atónitos; era Julio, y no podían comprender la necesidad de encender lumbre.

—Os digo—repitió el médico—que encendáis una lumbre moderada, y que abráis las ventanas; mientras tanto le prepararé yo un cordial.

(1) Sitio donde se exponen en París los cadáveres que se hallan en las calles, y cuya procedencia se ignora.